

DIONISIA GARCÍA, O EL FERVOR POÉTICO

Dionisia García nos sorprendió con su libro *El vaho en los espejos*, publicado en 1976. Si ya en algunos poemas de aquel su primer libro advertimos un escalofriante aire de elegía, en estas *Antífonas*, y nunca mejor empleado el título, hay exultación y equilibrio, transparencia y hondura, en pequeños poemas que oscilan entre los diez y veinte versos, como máximo. En esa densa brevedad da cumplida aceptación de aquello que entendemos por antífona: himno y salmo, canto y rezo, hasta lograr plenamente lo consabido de que «lo bueno, si breve, dos veces bueno».

A veces nos sorprende con su vieja sabiduría, con esas «audacias que le llegan desde el sueño», y nos revela en el poema, con la sobrecogedora ternura de un Millet, seres y paisajes anclados en el tiempo; otras, más realista, nos inculca su piedad hacia esas mujeres campesinas que:

Ya no peina el silencio de las tardes
aquel pelo de alheña.
Abandonaron el ronzal las manos
y la sogá del pozo;
soñaban con el blanco de nácar,
con la ciudad brillante,
alejada, y dispar
de aquel campo tardío;
soñaban, y ahora piden
el aire montaraz desde otros años.

Nunca se ha cantado con tan grave emoción la frustrada vida de esas mujeres que perdieron sus raíces en la «ciudad brillante».

De los 122 poemas que componen el libro, si no he contado mal, hay en cada uno de ellos un jirón de afecto para todo. Escogeré al azar algunos títulos de aquellos que, en mi opinión, fijan la identidad inconfundible de Dionisia García como creadora original e imaginativa. Ahí quedan trazados con talante antológico «El parque», «Sombras», «Pinos» (hermoso poema éste por su contenido ecológico), «Ancianidad», y muchos más tocados por el fervor y la gracia creadora que esta poetisa sabe poner en su obra. En «La sogá», otro de los estupendos poemas que enriquecen este libro, se canta el humilde quehacer de otros tiempos, donde «jugaban pulgares / con las hilas rasposas / alargando la trenza», pero que el imperio sintético ha venido a desplazar a aquella pacífica estampa del trenzador de pleita. Nada tan grato, tan hondo y sugerente como otro

de los poemas recogidos en este libro, titulado «El tablero de pan», *caído del tiempo*, como felizmente nos dice Dionisia García, que nos regresa a nuestra niñez, cuando nosotros, traviesos, caldeábamos el horno y movíamos aquellos rescoldos «olientes a jaras y sarmientos» en nuestra idílica y ya lejana heredad rural.

Hay en estas *Antífonas* una segunda parte donde el ala viajera y cosmopolita de Dionisia García nos trae, para vaciarla en nuestros viejos odres literarios, otra poesía que, si bien está en la misma línea creacional, aporta otras vivencias recogidas por sus gozosas retinas, para dárnosla, transplantada de otras geografías en una poesía ya pura y edificada. Se recogen en estos poemas las más variadas sensaciones. Desde «Trenes y estío», poema que inicia esta segunda parte, o libro, como nos señala su autora, pueden contarse títulos como «Aeropuerto», «Sobre el Mont Blanc», «Jericó», «Cesarea de Philipo» y otros que por sí solos dicen de un espíritu ávido de curiosidad como cumple a una vocación mediterránea. Pero aquí la vocación se acendra con componentes de historia en un poema tan emotivo y sugerente como éste que se titula «Cafarnaún», y que dice así:

El mar de Tiberiades la refleja,
le da luces de agua y de palmeras,
amparando los destrozos del tiempo.
Jesús holló la tierra de este suelo
recorriendo caminos litorales;
habló de paz y amigos entre redes,
entre barcas y enseres pescadores.
Sólo quedan ahora unos vestigios,
unas piedras que alzaron su figura,
y una sencilla historia, que pervive
transcendida a través de las épocas
sobre el azul del mar de Galilea.

Leyendo estos poemas nos vienen a la memoria la lírica morosidad de la prosa mironiana, o la equilibrada conjunción entre cultura y estética de un Constantino Cavafis.

Hay algo importante en este libro, y que hace que estos poemas nos ganen desde un principio. Y ello radica en esas variantes métricas, tan musicales y armónicas como son el heptasílabo y el endecasílabo combinados con gusto y experiencia magistrales. Esto, añadido a un vocabulario rico y escogido, hará de *Antífonas* un poemario inolvidable. Porque entre hermosas palabras de honda

raigambre rural como son jara, sarmiento, aliaga, ababol, alábel, jacinto, espiga o pedernal, se hallan otras que la civilización técnica nos ha traído y que quedan aquí incrustadas, poetizadas grácilmente por esa intuición (que al fin y al cabo es la sabiduría nata), que siempre ha guiado al poeta.

Viene este libro, tan pulcramente editado, acompañado de unas hermosas ilustraciones de José María Párraga, ese gran pintor murciano, amigo de poetas y escritores. La ternura de sus dibujos participa plenamente del sentido emocional y humano de estas *Antífonas*.

Emerson decía que «el signo y las credenciales del poeta son que él anuncia lo que ningún hombre ha predicho». Y añadía: «Todo el mundo tiene interés en el advenimiento del poeta y nadie sabe hasta qué extremo puede afectarle esto». Emerson, como pensador, como filósofo inteligente, pero metódico, se admiraba, como Platón, de la sabia «irreflexión» de los poetas; pero los consideraba necesarios; tan necesarios que nunca pudo sustraerse de la poderosa atracción de un Walt Whitman. Y así como Emerson celebraba el advenimiento de los poetas, celebremos también nosotros la llegada de *Antífonas* y su autora, Dionisia García, pues su verso, que es himno y salmo, ya ha empezado a afectarnos intensamente por su alto volumen emotivo.

Francisco Sánchez Bautista